

tó sus ofrecimientos; pero habiendo muerto el príncipe á sus manos, fué encerrado en una prisión. Al poco tiempo Manes logró evadirse, y se refugió en un antiguo castillo, llamado Arabion, y situado en la frontera de Persia y Mesopotamia,

Estos testimonios greco-latinos hablan tambien de una discusion pública que sostuvo Manes con el obispo Arquelao, en la que quedó triunfante este Prelado, retirándose avergonzado el hereje á su fortaleza; pero atacado en ella y hecho prisionero, fué entregado al Rey, que le condenó á ser desollado vivo con cañas puntiagudas, y mandó rellenar su pellejo y exponerle al escarnio del pueblo.

CAPITULO IV.

SIGLO IV.

Sumario.—I. Valerio Severo.—II. Maximiano Heracleo.—III. Galerio Maximiano.—IV. Majencio.—V. Maximino Laia, y su mujer.—VI. Diocleciano.—VII. Prisca y Valeria.—VIII. Licinio.

I.

Valerio Severo, César del imperio romano con Diocleciano.

(MURIO AÑO 307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Elevado á tan alta dignidad por el sanguinario Diocleciano, fué su principal cómplice y fautor de la persecucion contra los cristianos hasta que, vencido por Majencio, que se habia hecho aclamar emperador de Roma, le concedió por gracia que se hiciese abrir las venas, segun afirma Lactancio.

II

Maximiano Hercúleo, César del imperio con Diocleciano.

(MURIO AÑO 310 DE N. S. JESUORISTO)

Desde la muerte de Aureliano comenzó á disfrutar la Iglesia de una era de paz que duró un cuarto de siglo, pero á aquella corta tregua sucedió unas de las persecuciones más largas y sangrientas.

Apenas se vió Diocleciano único y pacífico poseedor del imperio, declaró César á Maximiano Hercúleo, soldado de fortuna como él, y como él hombre de oscuro nacimiento, grosero y cruel, aunque de gran prestigio en el ejército, por su pericia y su valor.

Durante los primeros años de su reinado, Maximiano, que se inspiraba en los deseos de Diocleciano, se mostró favorable á los cristianos, y áun se sirvió de ellos, aunque esto fuera por interés propio y aun por necesidad; pero andando el tiempo resolvieron los dos Emperadores cambiar de política, y el año 303 apareció el edicto de persecucion, que el mismo Maximiano se encargó de ejecutar en la parte occidental

del imperio gobernada por él, haciendo un gran número de mártires. La legion ateban, fuerte de unos seis mil seiscientos soldados cristianos, fué desde luego el blanco de sus iras, hasta el punto de hacerla pasar á cuchillo, despues de haberla diezmado por tres veces. La causa de aquella horrible carnicería fué haberse negado los soldados que la componian á prestar un juramento sobre los altares de los dioses,

Desde entónces Maximiano se ocupó principalmente en llevar los horrores de la persecucion á todas las provincias de su mando, siendo uno de los que más contribuyeron con su crueldad á que se diese á aquella época el nombre de Era de los Mártires.

La historia de Roma ofrece en aquel tiempo el raro fenómeno de ver gobernado el imperio por dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y dos Césares, que se dividieron entre sí todas las provincias, y el extraño espectáculo de la abdicacion de Diocleciano y Maximiano, que en un mismo día depusieron el poder imperial.

Al poco tiempo, ansioso Maximiano de recuperar el trono, quiso concertarse con su hija para dar muerte á su esposo Constantino, que entónces lo ocupaba; pero habiendo descubierto su hija á su esposo los planes de su padre, y

haciendo creer á éste que le secundaba en ellos, pereció á manos de Maximiano un esclavo puesto en lugar de Constantino. Descubiertos de este modo los planes de Maximiano, y presentándose delante de él Constantino, le concedió escogiera la clase de muerte que había de sufrir, en castigo de su crimen, eligiendo la de ser ahorcado.

III.

Galerio Maximiano, César del imperio bajo Diocleciano.

(MURIO AÑO 311 DE N. S. JESUCRISTO)

Cuando las necesidades del imperio obligaren á Diocleciano y á Maximiano Heréúleo á crear dos Césares, recayó la elección en Constancio Cloro y Galerio, que fijaron su residencia en Tréveris y la Gran Bretaña.

Constancio Cloro, padre de Constantino, no sólo dió inmediatamente de su elevacion las órdenes más severas para que cesase la persecucion contra los cristianos y para que se les devolviesen las iglesias de que habían sido despojados (1), sino que solo se sirvió de los edictos

(1) EUSEBIO: *De Martyr. Palest.*, cap. XIII.

de Diocleciano para probar la fidelidad y constancia religiosas de los que le rodeaban (1).

Galerio, por el contrario, á más de ser el principal instigador de aquella persecucion, fué uno de los que la ejecutaron con mayor euceno.

A fines del año 302, resuelto Galerio á obtener de Diocleciano un edicto de persecucion contra los cristianos, se trasladó á Nicomedia, á fin de inclinar el ánimo del Emperador para continuar la guerra de exterminio que había iniciado Neron contra el Cristianismo. El Emperador se resistió al principio, pero al fin cedió á las exigencias del César, y la persecucion fué decretada, comunicándose á los gobernadores de las provincias las órdenes más severas.

No contento Galerio todavía, hizo incendiar secretamente por dos veces el palacio de Nicomedia para acusar á los cristianos de que atentaban contra la vida de los Emperadores, y señalarlos como enemigos públicos y traidores á la patria.

Las crueldades que ejerció entónces Galerio contra los cristianos fueron tales, que sus descripciones horrorizan.

(1) EUSEBIO: *De Vita Const.*, lib. I, cap. XVI.

Segun Berault-Beroastel, la persecucion "fue más furiosa que nunca en Oriente, porque Galerio, que habia logrado adquirir gran ascendiente sobre Diocleciano, y por otra parte era soborano de muchas grandes provincias, se dejó arrastrar de su carácter sanguinario y del ódio que profesaba al Cristianismo. Pocas veces quedaba satisfecho con solo quitar la vida; una muerte regular era el beneficio mayor que de él podian esperar los confesores; y por crecido que fuese el número de las víctimas, apenas bastaban á saciar su ferocidad. Era necesario, para complacerle, que los suplicios fuesen tan rigurosos, como repetidos y duraderos; así es que contraia un gran mérito con él cualquiera que inventaba alguno nuevo, ejecutándose siempre los que causaban los dolores más acerbos y prolongados."

Por entónces no se acostumbraba ya entregar á los cristianos á la voracidad de las fieras, sino despues de ensangrentarles el cuerpo todo á fuerza de golpes, y se consideraba como un suplicio muy ligero el arrojarlos al mar metidos en un saco de enero con un perro y una víbora, cuyo castigo, por su excesiva crueldad, no se imponia ya ni áun á los parricidas.

Las niñas y garfios de hierro fueron sustituidos por cascacos de vasijas quebradas, para despedazar el cuerpo de los mártires con mayor lentitud.

A las mujeres las ataban por un pió y las alzaban en el aire de manera que quedaban colgadas con la cabeza abajo, para añadir á su martirio la afrenta.

Al mismo tiempo se empleaban otros mil artificios infernales para atormentar la virtud y el pudor de los que sufrían con la mayor firmeza los más horrosos suplicios.

A otros muchos cristianos los ataban por los piés á dos árboles, que reunian con violencia, y que soltaban de pronto, á fin de que al recobrar su posición natural, se llevase cada uno de ellos una parte del cuerpo destrozado de la víctima. Otras veces les cortaban las narices, las orejas, los dedos de los piés y de las manos, y sucesivamente las demás partes del cuerpo. En algunas ciudades los quemaban á fuego lento, ó más bien los cocian vivos, sazonzando su carne con sal, vinagre y toda clase de ingredientes, y en otras vertian plomo derretido sobre el pecho ó las espaldas de los mártires.

Eusebio y Lactancio refieren que toda una ciudad de Frigia fué entregada á las llamas con mujeres y niñas, porque sus habitantes eran cristianos. Eusebio añade, por otra parte, que sacron tantas las cabezas que se cortaron en un solo dia, que se enmohecieron las espadas de los

verdugas, y éstos, causados de degollar, apenas pudieron acabar la ejecución, á pesar de que se relevaban con frecuencia.

La fé y la constancia de los mártires no cedió ante una persecucion tan terrible, siendo innumerables los cristianos que alcanzaron en aquella época la palma del martirio; pero la justicia de Dios, que permitia (en sus insesatables designios) aquellas hecatombes, no dejó impugne á Galerio, el incansable y sanguinario verdugo de los cristianos.

Hé aquí, por último, como describe Lactancio la crueldad de los suplicios que este bárbaro imponia á los cristianos, su carácter sanguinario, y, por último, su horrorosa muerte:

“Al llegar Galerio al poder supremo, sólo se sirvió de él para hacer desgraciado al universo. Una de sus diversiones favoritas consistia en presenciar el suplicio de los infelices á quienes condenaba á ser pasto de de unos osos de gran tamaño que habia hecho llevar de diversas regiones, riéndose el tirano cuando veia desgarrar los miembros de aquellos desgraciados. Su mesa estaba siempre empapada de sangre humana. El fuego era el suplicio de los que no estaban constituidos en dignidad. No solamente condenaba á los cristianos, sino que habia ordenado que se

Cecilia, que muy de mañana, mucho antes de la batalla, habia amasado pan y arreglado los fideos (1), encendió lumbre, trinchó sobre el picador con la media luna un poco de manteca de puerco con romero para sofreír y condimentar la sopa: cortó una tajada de queso de oreja y en la sarten hizo cocer unos cuantos nabos y coles. Habiendo ya anochecido y sentándose á la mesa, apenas habian tomado dos cucharadas de sopa, cuando oyen que dan golpes á la puerta. Vicente se levanta y pregunta:

—¿Quién llama?

—Un soldado herido que pide asilo.

—¿Venís solo?

—Sí, solo.

Cecilia se vuelve pálida, y tiembla de un modo espantoso: los dos niños prorumpen en un llanto copioso y corren á su abuelo, el cual oyendo que era un soldado horido, y conociendo por la pronuncia que era extranjero, movido á piedad dijo á su hijo:

—Abre, que tambien cuando yo fui herido en España, me acogieron y salvaron por caridad.

[1] *Tagiatelle*, especie de fideos muy sabrosos que las cocineras hacen de un modo fácil é ingenioso.

Era Olderico herido en la frente y con el rostro y vestido ensangrentado, que por cierto daba miedo. Los niños al verle dieron un grito y se taparon la cara con las manos; pero el anciano Bernardo se levantó y le fué al encuentro; y viendo el traje de zuavo, exclamó:

—¡Oh! es de aquellos señores que han venido á defender al Papa! ¡Qué guapo granadero! Hijos míos, no tengáis miedo.

Y trayendo á la memoria aquella jerigonza francesa que hablaba en el regimiento de dragones reales más de cuarenta años atrás, dijo:

—*Bon jur, monsieur, eh!... eh!... Vous fuist blessé.*

—¡Oh! hablad italiano, buen viejo, contestó Olderico: sí, estoy herido en la sobreceja izquierda, caí desmayado en un foso, y despues de largo tiempo he podido á duras penas llegar hasta aquí, donde espero que vuestra caridad querrá acogerme para que no caiga en poder de los piamonteses

—Señor, replicó el anciano, vos habeis venido á una casa de pobres; pero somos cristianos y tememos á Dios: en lo que podamos ayudaros, lo harémos con gusto, como Dios manda. También yo he sido soldado, y necesité del auxilio del prójimo: justo es que os lo devuelva á vos,

ya que la virgen santísima os ha enviado para que os salve. Ante todo sentaos, y veamos la herida; yo soy muy entendido en esto, y en todos estos alrededores cuando uno por desgracia recibe una herida, acude á mí, porque tengo un bálsamo milagroso: lo hago todos los años por Navidad, y el día antes ayuno á pan y agua y hago celebrar tras misas en la santa Casa. He hecho curaciones estupendas con este bálsamo, y aprendí el secreto en España: antes de morir lo enseñaré á Vicente mi hijo

Y al decir esto mandó á Olderico que se sentase en un sillón de madera con brazos, y empezó poco á poco á quitarle el pan de tierra que habia formado costra sobre la herida. Echó en una escudilla un poco de vino, lavó la herida, y vió que la bala habia dado al sesgo en el ángulo de las sienas sobre la cavidad del ojo, raspando un poco el hueso: lo que hacia que la herida tuese leve, si bien por ser el lugar delicado cerca los nervios de las sienas, causó el golpe á Olderico el quedar aturdido y privado de sentidos.

—Animo, señor Monsiú, exclamó el viejo, habeis escapado muy barato: la herida más bien es un rasguño que otra cosa; y si no os habeis desmayado y perdido tanta sangre, aun po-

driais volver al combate; pero la debilidad os ha abatido. Vicente, tráeme el frasco del bálsamo.

Cuando lo tuvo, echó un poco sobre unas hi-las, que aplicó á la herida, y con una venda de sangría que le entregó Cecilia, se la vendó con mucha gracia.

El pobre Olderico se sintió reanimado, y da-ba gracias á su esculapio, el cual no quiso que se alzase de su sillón con brazos donde estaba con más comodidad, y él tomando un banquillo se sentó á su lado, y con buen apetito acabaron de cenar.

—Por vos, dijo, convendría hacer un poco de caldo; pero nosotros pobres trabajadores solo lo gastamos en las fiestas principales del año en que se guisa un poco en regla; no obstante, cre-edme, un plato de fideos os hará recobrar las fuerzas, y podeis añadir dos dedos de vino, de que yo solo bebo en esta casa en razon de mi vejez, pues los otros tienen que contentarse con un poco de agnapié, y las más de las veces con agua fresca del pozo. ¿Cómo ha de ser? Los tiempos son tan malos....

Cuando hubieron acabado de cenar, los dos niños ya se caían de sueño; su madre les hizo rezar una Ave-Maria, recibieron la bendición

del abuelo, cuya costumbre cristiana se obser-va todavía entre los buenos aldeanos de las Marcas, y los llevó á dormir.

—Oye, dijo el viejo á Vicente, ahora que los niños se han acostado, hay que pensar en el modo de salvar á este señor. Tú me has dicho que los piemonteses han arrollado con su gran número á los pontificios y han quedado dueños del campo: considera si esta noche recorrerán el país, rodando para recoger á los heridos y pillar á los extraviados. Es casi cierto que vendrán por aquí, y yo preferiria me hiciesen pedazos antes que entregar en sus manos al huésped que se ha refugiado á mi casa. Así pues conozco que es preciso buscarle un escondite para esta noche: porque si la guerra se traslada á otra parte, descomparán el país y nos dejarán en paz. Ya sabes que la gruta de la izquierda, donde ponemos á madurar las serbas, es muy seca; porque es de ladrillo y tiene un respiradero en las hendiduras de la roca, por donde penetra el aire, resultando como una habitacion de un piso tercero, por ser el suelo y sus paredes secas y sanas. Yo colocaria allí una cama, y luego taparia su entrada con haces de fresnos y madroños, y de esta suerte ni el demonio mismo sospecharia que la roca va más allá.

Olderico aprobó el consejo: Vicente trasladó allí una pequeña cama y en seguida puso haces delante la puerta. Olderico se acostó, y hallándose fatigado y débil concilió luego el sueño. Por la noche vinieron los batiidores, registraron la casa, y no hallando en ella soldados de Lamoricière, se marcharon á continuar la ronda. Muy de mañana Vicente subió á una pequeña colina, y no viendo piamonteses por aquellos contornos, supo por algunos aldeanos que el grueso del ejército marchaba á Ancona. Bernardo mandó quitar los haces de leña, y entró con un candil á ver Olderico, que ya estaba sentado en la cama. Le preguntó por su herida y si le dolía: y por cierto que el bálsamo había suavizado en gran manera su dolor, y si la debilidad causada por la pérdida de sangre no lo hubiese postrado, hubiera podido levantarse de la cama.

Olderico dió un escudo (1) al anciano para que cuidase de comprar carne para hacer caldo sustancioso, y Bernardo envió su criada á Loreto: porque en Camerano y Umara, aldeas cortas, con esta compra se corría riesgo de despertar sospechas; pues aquellos pobres labradores no

(1) El escudo romano tiene el mismo valor que un dario español.

comían carne en los días de trabajo, y el país estaba lleno de espías. En Loreto Petronila no era conocida, y como es ciudad de paso á dónde acuden muchos forasteros, ninguno haría caso de la aldeana.

Entre tanto Bernardo para distraer al herido le iba contando sus antiguas aventuras y las continuas escaramuzas que el ejército de Napoleón tenía que sostener con los españoles insurreccionados, los cuales, cuando menos lo esperaban, se les echaban encima y les causaban á veces numerosas bajas.

—Yo, decía, me encontré en varias batallas, estuve en el famoso sitio de Zaragoza, y recibí muchas heridas, aunque la más peligrosa de todas fué la que me dejó esta cicatriz en la frente. Después de un largo combate llegamos cerca de Murcia hambrientos y cansados por las marchas de la noche, y bajando de los caballos, estábamos unos cuantos sentados en un prado comiendo lo que habíamos pillado: éramos en todo unos treinta hombres, y como es propio de los italianos, mientras comíamos, nos divertíamos con chanzas y motes satíricos. Hé aquí que de repente se nos echan encima unos doscientos españoles, que estaban de emboscada en un re-

codo de aquel monte, y nos atacaron por la espalda haciendonos una descarga á quema ropa.

Yo tenia el caballo atado á un árbol cercano: y montándolo muy de prisa, desenvainé la espada y empecé á esgrimirla á diestro y á siniestro con otros compañeros: y cuando iba á descargar un golpe terrible en la cabeza de un vizcaino, un demonio de muger á caballo, que llevaba un sombrero de andaloz con jubon azul, me acometió de flanco con una hocca de hierro de tres dientes, y me dió tal golpe en la frente, que me derribó del caballo y caí en tierra como muerto. Lo que sucedió despues no puedo contarle; solo os diré, que vuelto en mí, no ví ni el caballo, ni otra persona que algunos muertos de resultas de aquel choque. Yo estaba aturdido y bañado en mi propia sangre, cuando sentí que me tocaban lijeramente: abrí los ojos, y veo á un sacerdote, el cual iba mirando si habia alguno que aun viviese. Como me encontró en aquellos apuros y le pareció que habia esperanzas de salvarme, sacó de su faltriquera un pañuelo, me vendó la herida del mejor modo que le fue posible, y colocándome sobre su caballo, con una mano lo guiaba por las riendas, y con la otra me sostenia para que no me cayese: tal era el estado de aturdimiento en que me halla-

ba. Su casa parroquial distaba cosa de una milla, y la parroquia se componia de siete ú ocho casas de pobres labradores.

¡Quién lo creyera! este buen sacerdote me cuidó con tanto cariño y amor, juntamente con una sobrina suya, que al cabo de un mes me hallé ya muy restablecido; de manera que pasando por allí una columna de los nuestros que marchaba sobre Murcia, pude despedirme de mi bienhechor, subir en un carro de la division, y terminar mi convalescencia en un hospital. Mi buena suerte me ofreció ocasion de recompensar al sacerdote su beneficio: y fué cuando los nuestros yendo de retirada y rabiosos de tantas derrotas, saqueaban é incendiaban los pueblos y aldeas por donde pasaban, matando á sus habitantes y cometiendo crueldades inauditas. Quiso Dios, que despues de una derrota que habiamos sufrido, medio escuadron de dragones en que yo militaba, se dirigiese hácia la aldea en cuya casa parroquial yo habia sido acogido, la que junto con la iglesia intentaban asaltar y saquear, matando á cuantos quisiesen resistir á su furor.

Yo les referí el inestimable favor que habia recibido del cura, y les supliqué que lejos de maltratarlo, lo mirasen con aprecio. Todos accedieron, ménos dos pícaros, que eran dos mal-

ditos ladrones. Entonces lleno de despecho, corrió á la casa del cura, y haciendo dar al caballo una rápida vuelta, quedé de grupas á la puerta, y desenvainando la espada, grité:—"El que esté cansado de vivir, que avance"—Los dos pilletes dijeron: "Marchemos á merodear á otra parte: y efectivamente se fueron á otra casa. Me metí en seguida en casa del cura, y buscando por todas partes no hallé á persona viviente. En vista de esto, y queriendo tomar un bocado antes de volver á reunirme con mis camaradas, probé de abrir un armario, y en el acto de tirar hácia mi la puerta, sentí que tiraban de por dentro: dí entonces una sacudida, y la abrí con violencia, apareciendo la Antonieta, sobrina del cura, encogida y temblando de miedo, con los brazos en cruz y lágrimas en los ojos me pedía que no le quitase la vida y el honor.

—¡Antonietta, exclamé, Antonietta! mi bienhechora, ¿no conoces ya al pobre Bernardo? ¿Qué se ha hecho D. Inigo? ¿Ha escapado? ¿Está escondido?—La infeliz al reconocermé sintió que la vida le volvía al corazón; y libre ya de temor salió de aquel escondite y me dijo, que fué tal el espanto de los dos al acercarse las primeras partidas y al ver la confusión y desorden de los habitantes, que fuera de sí, cada

uno basó el medio de salvarse que en aquellos apuros le pareciese mejor.

Entonces empezamos con Antonieta á registrar toda la casa desde la azotea hasta la gruta para hallar al señor cura, llamándolo en voz alta, pero no pudimos dar con él, ni atinar donde se hallase. Finalmente fuimos á la Iglesia (ya habia anochecido), registramos los confesionarios y gritabamos: Don Inigo, Don Inigo, salid. Al cabo de un rato se oyó una voz sufocada, que decia:—Antonietta, ¿eres tú? ¿estamos seguros? ¿te han hecho mal?—Aunque la voz venia de arriba, no podíamos comprender de donde salia: mirábamos por entre las columnas de los altares, el tornavoz del púlpito, pero no acertábamos con él.

¿Dónde estará? ¿Sabeis donde estaba? En medio de aquella baranda no le acentió lugar mas apropósito para esconderse que dentro del órgano: alzó el telon que hay encima del teclado, se metió entre los tubos, y dejando caer el telon se quedó allí escondido. Pero palpando á su alrededor dió con el tuvo de unos de los bajos bastante grande, y tanto trepó y subió á tientas, que llegó á la boca y se dejó caer dentro. Figuraos el enredo y la molestia que nos costó el sacarlo de aquel pozo, Tomé una cuer-

da, se la eché dentro, se ató con ella por debajo del sobaco, y tira que tira, por fin sacó la cabeza, luego un brazo, despues el otro; apoyó las manos en el borde del cañon, y para salir de allí, tanto se esforzó, que al fin y al cabo vino á caer en los brazos de Antonieta.

Aquel pobre sacerdote presentaba un aspecto feo: tenia los cabellos erizados y llenos de inmundicia, el rostro cubierto de aquel polvotan fino de la carcoma, que parecia un cadáver salido del sepulcro, todo el vestido descompuesto, empolvado y cubierto de telarañas. Lo sacondimos un poco y lo acepillamos aunque á prisa, y lo condujimos á su habitacion, donde se me echó al cuello, me besó, y me dió las gracias por haberle salvado la vida: pero no era ocasion de perder tiempo; tomé un bocado, y sin detenerme, monté á caballo, y antes de amanecer alcancé la partida.

Olderico dijo entonces:—Bravo, querido Bernardo; Dios os ha reservado para salvar otra vida, y os aseguro que no habeis dado con un ánimo ingrato: yo me considero vivo por vos. Y ya que con vuestro bálsamo habeis suavizado la crudeza de la herida y esta noche he podido dormir bastantes horas, lo que me ha reanimado mucho, espero que este escondrijo me

se molaban, [pero el furor de los perseguidores no se satisfacía nunca. Cuando se cansaban de los suplicios parciales, y eran muchas las víctimas, se las encerraba en barcos, que eran abandonados en el mar, se las arrojaba á la hoguera, ó se las entregaba á las fieras.

En Frigia fué completamente devorada por las llamas una ciudad entera, que contaba de ocho á diez mil habitantes. En Italia, Maximiano hizo perecer al pié del monte de San Bernardo á la legion Tebana, mandada por Mauricio, y que constaba de seis mil seiscientos soldados cristianos. España, el Egipto, el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Pannonia, la Mauritania, la Tracia y el Africa, vieron su suelo regado con la sangre de innumerables mártires. En esta horrible matanza, en que fueron sacrificados tantos Obispos, tantos sacerdotes y tantos y tantos fieles, obtuvo tambien la palma del martirio el Papa San Marcelino. Embriagado el bárbaro Diocleciano con tanta sangre, llevó su orgullo más allá que su crueldad, haciendo acenar medallas en que se leía la siguiente inscripcion: *Diocleciano, emperador victorioso de la impiedad cristiana.*

La sangre de tantos mártires clamaba venganza, y el imperio todo, cómplice de la bárba-

ra crueldad de sus señores, no podía quedar impune.

Segun Berault-Bercastel (1), mientras la persecucion fué particular, no fueron universales los castigos del cielo, que estaban en proporcion de la mayor ó menor violencia con que los gentiles perseguian á los cristianos; pero despues de esta persecucion, la más sangrienta de todas, y el complemento de las anteriores, el brazo de Dios cayó más terrible y visiblemente que nunca sobre el imperio y los Emperadores. Además de los estragos de la peste, de los huracanes y terremotos, los pueblos bárbaros, que iban perdiendo poco á poco el terror y veneracion que les inspiraba el nombre romano, cayeron de improviso sobre algunas provincias, devastándolas de tal manera, que muchos siglos despues no se veia ni aún en el centro del imperio más que algunas cabañas en los lugares donde existian ántes las ciudades más populosas; y por último, las sediciones y guerras civiles acabaron por destruir lo que los bárbaros habian respetado.

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldú, libro VI.

El último año de la persecucion hubo además una larga sequia, á la que siguió la esterilidad y un hambre tan espantosa, que muchas personas vendieron hasta sus propios hijos. Por último, apareció una epidemia que atacaba principalmente á la vista, y que privó de uno de los dos ojos á gran número de personas.

El mismo Diocleciano sintió de una manera visible el castigo que merecian sus crímenes, pues al dirigirse á Roma para presenciar la ejecucion de San Ginés, á quien habia condenado al suplicio de las uñas de hierro y al de las teas encendidas, fué acometido de una enfermedad espantosa, que le obligó á volverse á Nicomedia. Su viaje fué unaagonía continua, y al llegar le esperaba otro infortunio, porque Galerio le obligó á renunciar el imperio, como lo hizo, retirándose á Salona. Vivió todavía algunos años, pero en un estado lamentable, pues su enfermedad le producía arrebatos de locura, durante los cuales temblaba y veia caer rayos del cielo, que atribuía á castigo de Dios por haber perseguido á los cristianos. Su enfermedad era tan dolorosa, que de dia y de noche se le oía lanzar grandes gemidos, que parecian bramidos; á veces lloraba como un niño, y otras se revolvia en su lecho, ó se revolvaba por el suelo. Por último, su lengua,

seguna firma San Jerónimo, se le cala á pedazos, devorada por los gusanos, hasta que, no pudiendo soportar tan terribles padecimientos, se dejó morir de hambre, demostrando al mundo cuanta era su firmeza en las más bárbaras resoluciones.

Así murió despues de haber visto triunfante la Religión de Jesucristo, bajo Constantino, aquel Emperador que se llamó *victorioso de la impiedad cristiana*.

VII

Prisca, mujer de Diocleciano, y Valeria, su hija.

(MURIERON AÑO 303 DE N. S. JESUCRISTO.)

La mayor parte de los historiadores citan, como una prueba de la libertad que tenían los cristianos durante los primeros años del reinado de Diocleciano, el hecho de que Prisca, su mujer, y Valeria, su hija, profesaban el Cristianismo, añadiendo que despues de promulgado el edicto de persecucion, se las obligó á sacrificar á los ídolos, según afirma Lactancio.

Pues bien: la historia nos dice además que aquellas dos mujeres, léjos de confesar en aque-

llos momentos supremos la fé de Jesucristo, cayeron en la apostasía, y nos trasmite el castigo que sufrieron por su debilidad.

En efecto: ántes de la muerte de Diocleciano, su esposa y su hija, condenadas al destierro, hicieron durante quince meses una vida errante y miserable. Sin otra fortuna que algunos asquerosos harapos, dirigian un dia sus pasos fugitivos por las calles de Tesalónica; pero habiendo sido reconocidas y detenidas, se las condenó á ser decapitadas. Sus cadáveres fueron arrojados al mar.

VIII

Licinio, Emperador de Roma con Maxencio.

(MURIO AÑO 325 DE N. S. JESUCRISTO.)

Enorgullecido Licinio con su victoria sobre Maximino Dala, y celoso de la gloria de Constantino, vió á este primero con tanta rivalidad y despues con tal odio, que comenzó á perseguir á los cristianos únicamente porque Constantino los protegía.

Así fué que Licinio, á pesar de haber firmado diez años ántes, en unioa de Constantino, el edic-

to que dió la paz á la Iglesia, mandó que fuese martirizado San Blas, obispo de Sebaste, en Armenia, sacrificando además á los cuarenta soldados cristianos, conocidos en la historia de la Iglesia con el nombre de los *Cuarenta coronados*, que en la estación del invierno, y despues de haber confesado la fé de Jesucristo, fueron condenados á pasar la noche desnudos en un estanque helado, cerca del cual se colocó un baño caliente para recibir á los apóstatas. Uno sólo se declaró vencido, pretendiendo salvar su vida en el baño caliente; pero espiró sin que le aprovechára su apostasía. Uno de los guardias que presenciaba el suplicio de los mártires, vió bajar del cielo á un ángel que llevaba en sus manos cuarenta coronas, y á su vista el soldado se apresuró á declararse cristiano poniéndose en el lugar del que habia dejado de serlo, y recibiendo, con los que permanecieron firmes en la fé, la corona del martirio (1).

La fortuna de Licinio, que habia coronado con éxito felicísimo todas sus empresas, comenzó á declinar desde entónces.

La violacion del edicto de paz, consumada por Licinio, y otros actos hostiles al Cristianis-

mo, dieron lugar, primero á las reclamaciones de Constantino, su colega, y por último á la guerra que estalló entre los dos Emperadores, que se prepararon á ella de una manera muy distinta.

En efecto: Licinio no sólo despidió á todos los cristianos que servian en sus filas, sino que ofreció victimas á los dioses, jurándoles exterminar el Cristianismo si conseguia la victoria. Constantino, por el contrario, se disponia á la lucha con el ayuno y la oracion. El día 3 de Junio del año 324 se encontraron los dos ejércitos en Andrinópolis, donde Licinio, completamente derrotado, tuvo que apelar á la fuga, dejando treinta y cuatro mil hombres sobre el campo de batalla, y corriendo á encarrarse en Calcedonia, despues de haber sido destruida su flota por la de Crispo en las aguas del Bósforo. Constantino, que le perseguia, libró una segunda batalla, y alcanzó una nueva victoria, haciendo tal carnicería en el ejército enemigo, que de ciento treinta mil hombres que lo formaban, sólo se salvaron tres mil. Licinio se refugió en Nicomedia; pero sitiado por Constantino, tuvo que implorar la clemencia del vencedor, que le perdonó la vida, fijándole á Tesalónica como residencia.

(1) RUINART: *Acta Martyr. et Acta Sancti*, 10 Marti.

No obstante, deseando Licinio vengarse de su rival y recobrar el trono, entró en inteligencias secretas con los bárbaros; pero descubierta su traición, fué estrangulado por orden de Constantino.

PARTE SEGUNDA.

DESDE LA PAZ DE CONSTANTINO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO IV.

Sumario.—I. Arrio.—II. Donato.—III. Constancio II.—IV. Balacio.—V. Maccedonio I.—VI. Jorge de Capadocia.—VII. Juliano el Apóstata.—VIII. Juliano, tio del Apóstata.—IX. Félix.—X. Elpidio.—XI. Heron.—XII. Teotecnus.—XIII. Máximo.—XIV. Fotino.—XV. Valente.—XVI. Atanarico.—XVII. Prisciliano.—XVIII. Justina.—XIX. Eugenio.—XX. Arbogastes.—XXI. Eutropio

I.

Arrio, presbítero hereje.

(MURIO AÑO 336 DE N. S. JESUCRISTO)

La justicia de Dios había exterminado la raza de los perseguidores. El gran Constantino, elevado al imperio por la misericordia divina, había dado la paz á la Iglesia, sacando la Cruz,